

**EL PAISAJE EN DEBATE.
ACERCA DE LA VISIBILIDAD E INVISIBILIDAD DE LOS PAISAJES
EN PERSPECTIVA COMPARADA**

Fabián Claudio Flores
(GIEPEC, UNLu-CONICET)
licfcflores@gmail.com

Carlos Landa
(IdA, FFyL, UBA-CONICET)
carlosglanda@gmail.com

Resumen

Los estudios sobre el paisaje están atravesando un interesante reverdecer dentro de las Ciencias Sociales. Si bien el paisaje ha sido un tópico frecuente a través del cual era posible explorar las formas de organización social, económica, política u otras, fue recién en la última década del siglo pasado cuando adquirió un nuevo impulso de la mano del enfoque espacial de tinte cultural.

La perspectiva espacial (tanto desde la geografía, la antropología como de la arqueología y la historia) se ha convertido en una valiosa herramienta teórico-metodológica que permite acercarnos al problema superando los escollos que generan las perspectivas disciplinares.

Situados en estas coordenadas, el artículo explora el proceso de producción cultural de los paisajes materiales e inmateriales, visibles e invisibles en dos escenarios comparados (Luján, en Buenos Aires y Mariano Miró, en la provincia de La Pampa), con el propósito de advertir diferencias y similitudes en las estrategias de producción social y apropiación de dichos paisajes.

Palabras clave: paisaje, espacio, Luján, Miró, visibilidad.

Abstract

**LANDSCAPE IN DEBATE. ON THE VISIBILITY AND THE INVISIBILITY OF
LANDSCAPES IN COMPARATIVE PERSPECTIVE**

The studies on landscape are reflourishing within Social Sciences. Although landscape has been a frequent subject through which social, economic, political or other organization schemes were explored, it was only in the last decade of the past century that it acquired a new impetus.

The spatial perspective (not only in Geography, but also in Anthropology, Archaeology and History) has become a valuable theoretical-methodological tool that enables to face the issue while overcoming the pitfalls generated by disciplinary perspectives.

Thereby, the article explores the process of cultural production of landscapes, both material and immaterial, visible and invisible, in two compared scenarios (Luján, in Buenos Aires and Mariano Miró, in the province of La Pampa), focusing on the differences and similarities in the strategies of social production and appropriation of those landscapes.

Keywords: landscape, space, Luján, Miró, visibility

Introducción

El paisaje está de vuelta. Cada vez con mayor frecuencia, el paisaje comenzó a tener una notable presencia dentro de los estudios sociales de lo espacial. Este “retorno al paisaje” (Nogué, 2010) atraviesa varias disciplinas en un arco amplio que suma desde la geografía, la arqueología, la sociología, la filosofía, hasta la arquitectura, el urbanismo o la estética.

Pero este “retorno al paisaje” se produce en el marco de una reconceptualización y redefinición de la categoría misma de paisaje como dispositivo teórico y epistemológico muy útil a la hora de pensar los procesos de producción espacial atravesados por distintas coyunturas y la puesta en marcha de políticas públicas que se sitúan en esas direcciones.

Proponemos entonces, el análisis contextual, comparativo y relacional de dos paisajes distantes geográficamente pero que, a través de una perspectiva espacial que valore al paisaje como construcción cultural, nos permita trazar puentes entre estos dos escenarios empíricos para entender cómo se ponen en juego procesos de visibilidad e invisibilidad de los paisajes.

Por un lado, la perspectiva espacial (tanto desde la geografía, la antropología como de la arqueología y la historia) se ha convertido en una valiosa herramienta teórico-metodológica que permite acercarnos al problema superando los escollos que generan las perspectivas disciplinares cerradas y ampliando la imaginación espacial hacia una lectura transdisciplinar del paisaje. Por otro lado, sostenemos que la mirada comparativa permitirá adquirir una visión de conjunto de la perspectiva espacial, apoyada en dos lecturas complementarias que emergen de las lecturas particulares.

Dos supuestos articulan el análisis: el primero es que son resultados de un proceso de producción cultural e histórica, donde los sujetos y grupos despliegan estrategias concretas de usos y apropiación espacial de acuerdo a determinados contextos particulares; el segundo implica que la producción de la espacialidad a nivel de lo local debe ser comprendida en función de la multiplicidad de discursos, representaciones y acciones con que los actores se apropian, organizan, estructuran, vivencian, producen y controlan (real y simbólicamente) esos paisajes culturales.

Metodológicamente el abordaje es cualitativo y se pone al análisis casuístico¹ en un lugar central, ya que a partir del estudio arqueológico de la localidad de Mariano Miró en la provincia de La Pampa y del análisis espacial de la ciudad de Luján en la provincia de Buenos Aires, accedemos a la comprensión en profundidad de las formas específicas en que se concretan las relaciones entre paisajes y culturas (material e inmaterial), en el marco de las tendencias generales que las orientan. Asimismo, el análisis relacional o comparativo de ambos escenarios espaciales definidos en distintas escalas territoriales, permite ir más allá del estudio de sus especificidades, para avanzar hacia una comprensión integrada que los interprete como parte de una totalidad de la cual forman parte y a la que contribuyen.

El trabajo de campo constituye la herramienta central de exploración para ambas experiencias a comparar. Para el caso de Mariano Miró y su entorno rural (coordinado por el Dr. Landa) se llevaron a cabo sucesivas campañas arqueológicas que incluyeron: prospección, excavación, recolección de materiales, mediciones y trabajos posteriores de gabinete. Para el caso de Luján (a cargo del Dr. Flores) se desarrollaron trabajos de campo de tipo experiencial con sucesivas lecturas del territorio en distintas circunstancias y momentos.

Pero el análisis cultural del espacio nos obliga –además– a incorporar herramientas complementarias para la exploración (el análisis de fuentes documentales, la entrevista y las historias de vida, por ejemplo), el uso de las narrativas de vida espaciales y los hologramas espaciales para acceder a la esfera simbólica del espacio y detectar las formas de espacialidad

¹ Los estudios de caso tienen también un gran interés para investigaciones que, como la presente, permiten el trabajo individual, con estrategias metodológicas compartidas, y potencial de integración de sus resultados en instancias más amplias de investigación y difusión de los resultados.

extinta y los paisajes “invisibles”. Estas metodologías cualitativas constituyen una ventana para aproximarse “a los significados que los sujetos le otorgan a los lugares, a las prácticas espacializadas, a los significados del hacer espacial del sujeto” (Lindón, 2008: 13). En ambas propuestas (narrativas y hologramas) el relato (el discurso) ocupa un lugar central. Y no solamente qué se dice (y qué no), sino también cómo lo dice, dónde lo dice y bajo qué formas la memoria opera entre el recuerdo y el olvido.

El paisaje y sus abordajes

La categoría paisaje tiene un amplio recorrido dentro del campo de las Ciencias Sociales, pero en particular en aquellas disciplinas que se han interesado por la perspectiva espacial, especialmente la geografía, la arqueología, la arquitectura y el urbanismo.

Uno de los puntos de partida para pensar la perspectiva del paisaje y sus posibles aplicaciones en la actualidad es situarse en la mirada de lo morfológico. Una ineludible referencia es la de geógrafo estadounidense Carl Sauer, quien es su obra pionera *La morfología del paisaje* (1925) desarrolla toda una serie de estrategias metodológicas para explicar cómo los paisajes culturales son creados a partir de formas superpuestas al paisaje natural. Anclado en la Escuela de Berkeley² y con una fuerte influencia de la mirada historicista y culturalista, Sauer expone que “la tarea de la geografía se concibe como la de establecer un sistema crítico que abarque la fenomenología del paisaje, con el propósito de aprehender en todo sus significados y color la variedad de la variedad de la escena terrestre”, comprendiendo que el paisaje es “un concepto unitario de la geografía que se utiliza para caracterizar la asociación de hechos peculiarmente geográfica y que configura una asociación de formas naturales y culturales existentes en la superficie terrestre” (Sauer, 1925: 26). Más allá de una definición operativa de la categoría, el aporte central del “padre de la geografía cultural” es, sin dudas, el método morfológico. Esta trayectoria metodológica implicaba la inducción, la descripción sistemática preparatoria, el uso de terminología específica y la representación diagramática de dicha morfología.

En un mundo académico donde las modas se concentran en torno al positivismo y las ciencias naturales (lo físico), la figura de Sauer resulta una excepcionalidad al pensar al paisaje como dispositivo, ante todo, cultural. Sin embargo, por un lado, el desmedido peso a las descripciones físicas del medio natural terminó por eclipsar parcialmente sus intenciones y su propuesta de vanguardia. Por otro lado, su obra puso al paisaje en el centro de la discusión.

A partir de la década de 1970 un viraje central se ancla en torno al aporte metodológico de otras disciplinas, especialmente la antropología y arqueología que favorecen al acercamiento a los paisajes a través de las voces de los sujetos, actores y grupos, y además se desplaza hacia una lectura del territorio con una orientación que pretende identificar las huellas que subsisten a los procesos territoriales desaparecidos. Por lo cual, “se considera así al paisaje no como un campo de acción abstracto sino como el resultado de una estratificación muy larga y muy lenta que es necesario conocer para tratar de modificar” (Corboz, 1983: 21).

En el nivel de los cambios epistemológicos, las últimas décadas del siglo pasado fueron muy fructíferas. A partir del aporte de las perspectivas fenomenológicas, hermenéuticas y lingüísticas que enriquecieron los abordajes sumando una cuota de subjetivismo que implicó situar a la categoría paisaje no solamente en plano de lo morfológico, sino –y sobre todo- desde lo simbólico, se recuperaron perspectivas éticas y estéticas de organización y percepción de los paisajes, y se adicionó como variable la forma de verlos, percibirlos y sentirnos.³

² De manera similar, para la geografía alemana de la época, el término *Landschaft* significa tanto región como paisaje. En el caso francés, los estudios sobre los géneros de vida y paisaje se sitúan en esquemas similares pero vinculando el concepto de región al del paisaje desde una perspectiva historicista.

³ En este sentido, un referente pionero es Denis Cosgrove, quien propone analizar las relaciones entre paisaje e imaginación geográfica, y las formas de ver y percibirlos. Al respecto menciona que: “la idea del paisaje es

El impacto del giro cultural⁴ y del giro espacial (Lindón, 2010) barajó y repartió de nuevo, adicionando lo inmaterial como un componente esencial de los paisajes que se expresa en los sentidos, en los imaginarios y en las representaciones que se cristalizan en ellos. En efecto, el paisaje más allá de ser aquello que se nos presenta ante los sentidos (especialmente la mirada como proceso socio-cultural) es un sistema de símbolos y sentidos que se entretujan complejamente.

Entonces, el paisaje podría interpretarse como un producto social y cultural que es resultado de la transformación colectiva de la naturaleza, pero también como la proyección cultural de una sociedad o un grupo en un ámbito determinado (Nogué, 2007). Son centros de significado que expresan también aspiraciones, emociones, experiencias, fantasías, pero asimismo son reflejo y fuente de poder⁵, en la medida en que en ellos se cristaliza un entramado de relaciones atravesadas por la desigualdad.

Las transformaciones experimentadas en las últimas décadas han gestado paisajes contemporáneos caracterizados por la fluidez y la efimeridad, por la mixtura y la hibridación, por la coherencia y la contradicción. Todos estos paisajes son resultado de su tiempo y su contexto, pero también del pasado que fue dejando huellas que testimonian otros modos, otros espacios, otros actores, es decir aquellos que Milton Santos denominó rugosidades (Santos, 1986). En la medida en que el paisaje es un verdadero palimpsesto constituido por capas centenarias, a veces milenarias (Nogué, 2007) aprehender a bucear en ellas, a desentramar esos laberintos es uno de los desafíos más importantes que se presenta en la actualidad desde el abordaje espacial.

La cuestión de la identidad no está ausente en estas direcciones. Lejos de distanciarse, las perspectivas actuales sobre el paisaje relacionan sus construcciones con los procesos identitarios. Esta relación dialéctica entre paisaje e identidad se recorre de múltiples maneras que conjugan un abanico de posibilidades que van desde la idea de sentido de lugar, autenticidad/inautenticidad hasta la conformación de paisajes vacíos, atemporales e incluso inventados. Frente a la complejidad de formas que adopta esta cartografía paisajística se hace necesario ajustar la mirada, complejizar las herramientas y acudir a todo tipo de artilugios que nos permitan una lectura multidimensional de los paisajes que habitamos cotidianamente.

La Arqueología del paisaje. Devenires entre dos disciplinas

Como hemos manifestado previamente, durante los pasados 50 años, diversas ciencias desarrollaron un interés creciente por la incorporación del espacio como una dimensión central de investigación de lo social (Lefebvre [1974] 1991; Soja 1985; Harvey 1998; Massey 1999; Santos 1990, entre otros). De esta forma, lugares, entornos, territorios y paisajes comenzaron a tener una mayor y más activa presencia dentro de los abordajes que procuraban pensar lo espacial en clave material, pero también sin dejar de lado inmaterialidades tales como experiencias espaciales, imaginarios, sentidos de lugar, espacios de vida, memorias y discursos territoriales, construcción de identidades, etc. (Flores 2013a). El paisaje así pensado, lejos de la concepción estática de carácter fijo y natural, representadas en las figuras del marco o escenario, se encuentra diacrónicamente en un continuo proceso de transformación: posee un acontecer. Dicho particular enfoque, abrió el juego a la producción y contribuciones de carácter interdisciplinario así como al análisis comparativo. La arqueología y la geografía, como disciplinas constituidas durante el estertor de la

la expresión más significativa del intento histórico de reunir imagen visual y mundo material, y es en gran medida el resultado de ese proceso” (Cosgrove, 2002: 71).

⁴ La variable cultural comenzaron a ocupar un lugar central en los estudios espaciales junto a las dinámicas sociales, políticas y económicas, fundando una “nueva” geografía cultural, entre otras (Thrift, 1981; Pred, 1981; Cosgrove, 1983; Jackson, 1999; Cosgrove y Jackson, 1999; Claval, 1999).

⁵ Esto implica relaciones de género, de clase, de religiosidad, de etnia, etc.

centuria decimonónica, tienen derroteros epistémicos particulares que poseen también puntos en común y retroalimentaciones varias (Villafañez, 2011).

Específicamente, en el caso de la disciplina arqueológica y tomando distancia de enfoques determinista-ambientales de índole positivista (e.g. ecología cultural/arqueología procesual), diversos fundamentos teórico-prácticos utilizados para abordar e interpretar temáticas espaciales (e.g. las formas relacionales entre personas y espacios, su producción socio-cultural y subjetividades implicadas, sus aspectos simbólicos, la dinámica de los paisajes y sus cambios a lo largo del tiempo, etc.) pueden ser rastreados ya desde la segunda década del siglo pasado (Anschuetz *et. al.*, 2001). Sin embargo, fue a partir de 1970, cuando dichos corpus teóricos y conocimientos generados, comienzan a caracterizarse en forma sistemática y a intentar constituir verdaderos campos subdisciplinarios tales como la denominada “Arqueología del paisaje”. Desde inicios del decenio de 1990, esta tendencia fue consolidándose de la mano de investigadores anglos y españoles (Knapp y Ashmore 1999; Criado Boado, 1999; Ingold 2000, entre otros), quienes desde perspectivas multidisciplinarias buscaron conjugar teorías, métodos y técnicas de diversas disciplinas sociales tales como la Geografía, la Antropología y la Economía, en aras de comprender la imbricada relación espacio-sociedad (Landa *et. al.*, 2017).

La Arqueología del paisaje propone dejar de lado los enfoques centrados en sitios, artefactos y rasgos, monumentos considerando aspectos de índole específicamente cuantitativa, para pasar a considerarlos en manifiesta integración con el espacio en el que juegan un rol productivo. Como resultado de este proceso el espacio quedará salpicado de restos, huellas o relictos (visibles o invisibles) que fueron parte constituyente de paisajes antrópicos pretéritos que fueron habitados, sentidos, experimentados y vividos por sus constructores (Criado Boado, 1995; 1999; Knapp y Ashmore, 1999; Ingold, 2000; Bender, 2001; Thomas, 2001; entre otros). De esta forma, en consonancia con la geografía, el paisaje comenzó a ser entendido como un producto social, una construcción experiencial colectiva condensadora de significados en donde tanto aspectos materiales como inmateriales se ven involucrados. Por lo tanto ambas disciplinas pueden aspirar “a partir del estudio de los rasgos antrópicos dispersos en una geografía, histórica o ecológicamente definida, recuperar su dimensión simbólica (Ballivián Torrez, 2009). En esta tónica, estudios espaciales cualitativos-cuantitativos de sociedades pasadas y presentes, comenzaron a desarrollarse, planteando abordajes multi-escalares y utilizando diversas vías de análisis: geo-estadística, mapas distribucionales y sistemas de información geográfica (GIS), entrevistas, fuentes históricas (escritas y cartográficas), prospecciones, sondeos y excavaciones arqueológicas; entre otras (Gutiérrez y Gould, 1994; Buzai y Baxendale 2011, 2012; Flores 2013a; Landa *et. al.*, 2017).

Visibilidad e invisibilidad de los paisajes

Hemos resaltado con creces la necesidad de pensar el paisaje en relación a quien lo experimenta (lo ve, lo huele, lo escucha, lo vive...). Esa mirada, también hemos dicho, es resultado de un proceso cultural que implica una “forma de ver” que es indisociable del punto de vista de quien lo mire. Por un lado, esto hace que se presente la constante dificultad de leer los paisajes más allá de lo visible, de lo que nos impacta antes los ojos; pero por otro lado, la visibilidad florece en la medida que “vemos aquellos paisajes que deseamos, es decir aquellos que no cuestionan nuestra idea de paisaje construida socialmente” (Nogue, 2010: 23). La visibilidad o invisibilidad de los paisajes, además, está trazada por relaciones de poder y vinculada directamente con los procesos históricos que fueron cimentando ese paisaje y modelándolo de acuerdo a una versión hegemónica impuesta por el poder. ¿Qué hay entonces de aquellas versiones que no se impusieron?, ¿de aquellos paisajes que quedaron en el olvido?, ¿de aquellos que tuvieron que ser reducidos a momentos/tiempos de corta duración? y ¿de aquellos que no deseamos visibilizar o qué se visibilizan parcialmente?

El reto es la recuperación de una mirada múltiple que permita ver todos los fragmentos de esos paisajes holográficos⁶ (Lindón, 2007a) que se ocultan y encriptan tras lo visible y lo material. Para ello debemos nutrirnos de una serie de pistas y herramientas que permitan echar luz sobre esas zonas opacas, sombrías y parcialmente o totalmente invisibles. Estas herramientas implican una apertura teórico-metodológica que adicione insumos útiles para lograr esos cometidos: desde los relictos materiales y sus interpretaciones hasta el uso de dispositivos de oralidad complejos y abiertos a reconquistar las subjetividades de los protagonistas de esos paisajes. Esto subyace en el marco de un presupuesto central de esta perspectiva: “la invisibilidad no es independiente del punto de vista, no puede ser considerada al margen del sujeto que ve o no ve, ya que no se plantea una invisibilidad estructural, sino una invisibilidad o visibilidad experiencial” (Lindón, 2007b: 220).

Finalmente, cabe mencionar que la invisibilidad de algunos paisajes está asociado a la visibilidad de otros. Esos otros, son los que han logrado imponerse como paisajes hegemónicos. Su poder de implantación en los imaginarios dominantes se relaciona con el sustrato material que los conforma y forma, pero también con el proceso de construcción social de éstos como tales, o sea la sedimentación histórica de relatos y discursos que consolidaron esa relación de poder. Por eso, es fundamental rescatar la experiencia del paisaje, pero no desde la individualidad sino desde la construcción colectiva que se expresa a través de la intersubjetividad. Dice Lindón (2007b): “el hecho de que no cualquiera reconozca un paisaje, no quiere decir que sólo exista para una persona. La apropiación y resignificación del mismo siempre son procesos que ocurren en un mundo de códigos que siempre son compartidos con otros” (pp. 222-223).

Los escenarios

Los referentes empíricos a evaluar comparativamente se sitúan en dos provincias distintas. Se trata de escenarios con diferentes particularidades morfológicas e históricas: uno es una urbe intermedia de la provincia de Buenos Aires que data del siglo XVIII, y el otro, una aglomeración rural extinta que fue fundada en los albores del siglo XX en el reciente territorio expropiado a los pueblos originarios del norte de la actual provincia de La Pampa. La presencia de procesos de visibilidad/invisibilidad de los paisajes es una constante que puede ser advertida en ambas experiencias empíricas, por ello el análisis comparativo bajo la lente de la perspectiva espacial nos permitirá conocer las singularidades de cada caso, pero también las regularidades que comparten.

Luján: el paisaje religioso y los “otros” paisajes (in)visibles

Luján es una ciudad del partido homónimo que se sitúa en el noreste de la provincia de Buenos Aires. Con 80 mil habitantes, es una urbe intermedia con influencia regional de mediano alcance. La historia territorial de la ciudad se fue construyendo en torno a la devoción a la Virgen de la Limpia y Pura Concepción que la convirtió en uno de los centros religiosos mariano más importantes del país. De hecho, es la hierópolis argentina más visitada de la Argentina, donde se combinan prácticas turísticas y peregrinas, y cuya singularidad le otorga una impronta espacial que moldea los paisajes locales.

El escenario urbano (Lindón, 2006) donde se ancla el análisis se define territorialmente en torno al llamado eje histórico-Basilical que incluye la Basílica Nacional de Nuestra Señora de Luján, la plaza Belgrano (lugar por excelencia donde se despliegan las peregrinaciones), la zona colonial y neocolonial (que incluye el Cabildo, el Complejo Museográfico Udaondo, las recovas y

⁶ La geógrafa Alicia Lindón refiere a los hologramas socio-espaciales como una estrategia metodológica que incluye “fragmentos de narrativas de habitantes del lugar, que dan cuenta de circunstancias –en apariencia– banales pero ricas en contenido, por condensar claves socio-culturales empleadas en la construcción del sentido de lugar. En consecuencia, dan pautas acerca de la forma en que la persona se relaciona con éste” (Lindón, 2006: 434).

otros edificios en sintonía arquitectónica que cumplen funciones administrativas), el sector ribereño (recreos, puentes, senderos, parque Ameghino y otros edificios de dependencia estatal) y el río Luján.

En el plano que presentamos a continuación (Figura 1) se espacializan estos sectores destacando alguna de las materialidades más importantes del paisaje.

Figura 1. Zona histórico-Basical de la ciudad de Luján



Fuente: Elaboración propia sobre la base de *Google Earth*, 2019.

La construcción social de este paisaje se materializa mediante un proceso histórico que, a través de los siglos fue cimentando imaginarios, prácticas y discursos que fueron moldeando su morfología actual.

El discurso fundante “del milagro del carreta”⁷ se naturalizó localmente cuando en el año 1671, una viuda estanciera del pago de Luján compró e hizo traer la imagen “milagrosa” desde el sitio donde se había instalado el culto embrionario (la estancia de Rosendo en Pilar) a su nuevo destino (la estancia de Mattos a la vera del río Luján).⁸ Este primer componente del paisaje que surge desde el momento del traslado de la imagen (y del culto)⁹ alteró notablemente la morfología

⁷ Este relato refiere a los hechos que narran que, hacia 1630, un portugués llamado Antonio Farías de Sáa, vecino de Córdoba y hacendado en Sumampa, pidió a otro portugués marino y comerciante en los puertos de Brasil (Andrea Juan) una imagen de la Virgen. Circulando por el Viejo Camino –o Camino Real- Farías se dirigía hacia el norte transportando en su carreta algunas mercancías y dos imágenes de la Virgen. Haciendo un alto en el camino, como era frecuente entre los viajeros que circulaban por estas rutas, el comerciante portugués pasó la noche en una estancia cercana a Pilar (actual Villa Rosa) perteneciente al segundo matrimonio de Francisca de Trigueros Enciso y González Filiano Oramas, popularmente conocida como lo “de Rosendo” (Suárez, 2012; Binetti y Suárez, 2017). Al día siguiente cuando quiso continuar con su viaje se produjo “el milagro”: los caballos no avanzaban y sólo lo hacían cuando quitaban una de las imágenes de la carga de la carreta. Se trataba de la advocación de la Purísima Concepción (Foguelman, 2003; Barral, 2007; Binetti y Suárez, 2016). Entonces, “**la Virgen eligió quedarse** en el lugar” (resaltado propio).

⁸ “Entonces, los sucesos de la estancia de ‘lo de Rosendo’ (1630) y la instalación de la ermita de la Virgen en las tierras de Ana de Matos (1671) están separados por 30 kilómetros y por 41 años.” (Flores, 2013b: 141).

⁹ No debemos desestimar el hecho de que el traslado se produce en un contexto modificación de los circuitos y redes de comunicación que experimenta toda la región cuando el viejo camino, que era el flujo de circulación más habitual de la colonia y corredor que comunicaba la ciudad de Buenos Aires y su puerto, fue dejando paso al camino nuevo. Al respecto véase el minucioso análisis que hacen Marquegui y Fernández (1998).

previa y posterior. Por un lado, sirvió como mito fundante para construir el relato fundacional de la ciudad como hierópolis (Rosendahl, 2009), invisibilizando otros paisajes previos como el de ser posta del camino real en el marco de las rutas coloniales o ser asentamiento de avanzada de la frontera contra el indio. Por otro lado, fue montando un paisaje religioso que, con lenta construcción hasta mediados del siglo XIX y más aceleradamente en los años posteriores, materializó el imaginario hegemónico sobre el territorio.

Los flujos peregrinos y los visitantes, así como las transformaciones edilicias (la construcción de un nuevo templo “el de Lezica” hacia mediados de siglo XVIII junto con el logro de categoría de “Villa de los españoles” para el asentamiento y la construcción de un puente con derecho de cobro de “peaje”) ayudaron a seguir en ese camino. Sin embargo, otro paisaje se fue imponiendo en consonancia y convivencia con el modelo religioso: el colonial. Este paisaje mostraba que el frente paralelo al río estaba ocupado por la ciudad colonial: el Cabildo, la Casa del Virrey y otras dependencias administrativas, y hacia el norte la Guardia y el puente de paso sobre el río Luján. Como consecuencia de las sucesivas transformaciones, el asentamiento fue creciendo hacia el sur y este, en parte porque el río actuaba como límite natural y simbólico, pero también porque las rutas comerciales del camino Real se fueron debilitando hasta redefinirse hacia nuevos destinos.

Esta co-presencia de lo religioso y lo colonial, lejos de implicar una contradicción conjugaron un paisaje de poder (Winchester, Kong y Duna, 2003) en la medida en que son un vehículo de expresión de las relaciones dominantes que se expresan en un orden material, estético y simbólico.¹⁰

Mediando el siglo XIX se introducen grandes novedades en la organización del espacio de urbano. Uno de los motores del cambio había sido el ferrocarril que había arribado a la zona hacia 1865. Su llegada dinamizó el espacio urbano y rural lujanense, propiciando la expansión demográfica que había comenzado casi un siglo atrás. Asimismo, “a pesar del surgimiento de nuevas localidades, la villa de Luján no dejó de ejercer las funciones de centro religioso, cada vez más ligado a la actividad turística y comercial-devocional, la del comercio mayorista y minorista para el abastecimiento de los pobladores de la villa y del campo, la elaboración artesanal de alimentos e indumentaria, las funciones de gobierno, educación, las financieras y las de comunicaciones telegráficas y telefónicas” (Marquiegui, Fernandez, 1998: 145). Además, el ferrocarril no sólo sirvió como medio de traslado de las mercancías provenientes del entorno rural en el contexto de una incipiente agroexportación, sino también como vehículo mediante el cual arribaban los desplazamientos peregrinos. Los flujos cada vez más frecuente de peregrinos obligaron a la construcción de la estación Basílica, promediando la década de 1880 y el establecimiento de un servicio de tranvías que trasladaba a los visitantes desde la estación hasta el templo. La expansión del centro de la ciudad a partir de la urbanización incipiente fomentó un progresivo negocio inmobiliario de carácter especulativo. El paisaje religioso se seguía consolidando mediante la implantación de infraestructura que abastecía dicha función urbana.

Sin embargo, las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras de la centuria siguiente constituyen el tiempo de las grandes transformaciones que experimentó la ciudad, no solo a nivel de los cambios morfológicos, sino también de las representaciones espaciales (Lefebvre, 1974) y de la implementación de un discurso territorial que venía cimentando desde los siglos anteriores. En esta coyuntura, el paisaje de la plaza Belgrano fue testigo de las majestuosas mutaciones urbanas a partir de la construcción de la Basílica Nacional y de la cristalización del

¹⁰ La primera cartografía “oficial” realizada por el capitán Agustín de la Rea (1755) revela la presencia de un asentamiento reducido y estable en torno a lo que actualmente se define como el centro histórico de la ciudad (Fernández *et. al.*, 1996) en los alrededores a la actual la plaza Belgrano. Allí, la espacialidad evidencia la presencia del nuevo templo con el cementerio, los dormitorios, las dependencias eclesiásticas, y la zona de vivienda que se extienden en sentido norte-sur (paralelo al río) en lo que actualmente sería la avenida Procesional.

modelo de espacialidad “salveriano”.¹¹ La influencia de Salvaire fue decisiva en varios sentidos: no solo en cuanto a edificación de la Basílica Nacional sino en la materialización de todo un proyecto urbano que retrotrae a dimensión religiosa del espacio (Flores, 2013) como fundante de la ciudad.

La visibilidad del paisaje religioso dominado por la matriz mariana de devociones peregrinas, sumado al paisaje colonial que le da marco a las actividades turísticas y recreativas incluyó un nuevo sentido ya desde las primeras décadas del mil novecientos. La culminación de la Basílica Nacional en 1935, y los preparativos de la ciudad para recibir a los fieles del II Congreso Eucarístico Nacional de 1937 implicaron la creación de la infraestructura para alojar a los visitantes, poniendo en valor el paisaje recreativo de la ribera. Se construyeron balnearios y un dique, estacionamientos, un paseo peatonal al borde del río Luján, baños públicos, restaurantes y comercios.

Pero uno de los cambios más significativos a nivel paisajístico fue la apertura de la Avenida Nuestra Señora y la construcción de las recovas neocoloniales tras la demolición de un amplio barrio que ocupaba esta superficie hasta mediados de los 1930's. La reinención de una tradición colonial (Marquiegui, Fernández, 1998) cristalizada en la nueva arquitectura del lugar no hacía más que legitimar el paisaje dominante: la ciudad religiosa en su nueva faceta turística.¹²

Entre las décadas del treinta y bien entrados los ochentas del siglo pasado (ver figura 2 y 3), el paisaje religioso se armonizó entre sus fases turísticas y recreativas. Los visitantes (sean turistas o peregrinos) combinaban ambas prácticas y consumían ambos paisajes (la plaza y el río, por mencionar lugares). Las materialidades geográficas y emprendimientos continuaron creciendo y, al balneario con playas concurridas, se sumaron la utilización del hoy parque Ameghino, los parques de diversiones ambos lados del río, la ampliación de los caminos ribereños y la construcción de puentes que conectaban ambos márgenes del Luján. La Virgen y el río fueron la síntesis perfecta de la conjunción de imaginarios paisajísticos de la época.¹³

¹¹ Jorge María Salvaire fue un sacerdote francés que promovió intensamente el culto a la Virgen de Luján. En 1885, este eclesiástico publicó la *Historia de Nuestra Señora de Luján: su origen, su santuario, su villa, sus milagros y su culto*, libro canónico que reinventa y consolida el culto y la figura de la Virgen. Además fue el encargado de poner en marcha la construcción de la Basílica Nacional y toda una ingeniería para convertir a Luján en el centro mariano de Sudamérica.

¹² Todo este paisaje “modernizado” que consolida el perfil religioso de la ciudad invisibiliza otros paisajes vinculados a la Luján de todos los días, la de la vida cotidiana que se desarrolla más allá de este nodo religioso. Como no es objeto de análisis en este artículo ahondar más allá del Eje-Basilical, no profundizaremos en estos aspectos. Para una lectura al respecto de las “otros paisajes” se recomienda: Fernández, *et. al.* 1996; Marquiegui, Fernández, 1998; Iglesias y Lanson, 2010.

¹³ En los decenios siguientes se consolidarían los procesos de segregación espacial entre “las dos lujanes” (Marquiegui, Fernández, 1998) y la plaza Belgrano adquiriría su (casi) exclusividad como espacio religioso. Sería testigo en los años sesenta de las peregrinaciones juveniles, las procesiones villeras, y más tarde, las de los bolivianos, los gauchos, los policías, entre algunos otros. En síntesis, sería el ámbito donde miles de sujetos-habitantes desplegarían prácticas espaciales, nutridas de y por imaginarios, que operarían tanto en el ámbito de lo material como en la esfera simbólica para producir el espacio urbano.

Figura 2. Playa Elías, balneario sobre el río Luján. Década de 1930



Fuente: Archivo Fernández de Monjardín. Complejo Museográfico Enrique Udaondo.

Figuras 3. Descanso del Peregrino, sobre el río. Década de 1926



Fuente: Archivo Kohlmann N° 628.

Pero el deterioro de la infraestructura que se volvió obsoleta, la falta de mantenimiento de las áreas recreativas y la ausencia de un plan municipal de turismo con continuidad más allá de la coyuntura política, llevaron a la decadencia de toda la zona. El tiempo de las visitas de fin de semana se fue opacando y el ritmo de las peregrinaciones marcó las visitas diarias vinculadas exclusivamente a las prácticas religiosas, desestimando el uso de los espacios recreativos y turísticos. El paisaje material del Eje-Basilical sufrió algunas modificaciones en tiempos del

Bicentenario cuando se produjo la remodelación de la Plaza Belgrano y la puesta en valor patrimonial de la Basílica Nacional.¹⁴

Estos cambios estructurales no hicieron más que consolidar el modelo dominante: el paisaje religioso se impuso ante el paisaje del ocio. Pasaron al olvido el río, sus usos, sus apropiaciones y nuevos paisajes, “otros paisajes” comenzaron a consolidarse en torno a estos parajes.

La remodelación de la Plaza Belgrano, además, implicó una deslugarización del espacio y una alteración de las prácticas sociales que en ella se anclan. Se convirtió en un modelo de plaza seca, donde se extrajeron todos los árboles que contenía y se cambió el mobiliario de la plaza. Se limitó el ingreso cerrando las calles laterales, se canceló la circulación de vehículos de la calle Lavalle entre 9 de Julio y Lezica y Torrezuri, y se incorporó como peatonal al espacio comprendido entre esta arteria y 25 de Mayo, incluyendo las recovas coloniales a ambos lados; también se semiografió todo el espacio fortaleciendo los sentidos del paisaje visible.¹⁵

Nuevos actores, nuevas prácticas y nuevas territorialidades comenzaron a hacerse carne en el escenario religioso, y fueron construyendo paisajes invisibles (o mejor dicho, parcialmente visibles) que se vinculan con diferentes contingencias urbanas. Tres son los que más peso tienen en el área que estamos explorando y que habilitan el surgimiento de usos, prácticas e imaginarios diferentes a los que se fueron cimentando históricamente. Nos referimos a los **paisajes del miedo** (Lindón, 2007b; Oliver-Frauca, 2006; Martel, Baires, 2006), los **paisajes de la desolación** (Nogué, 2007; Montaner, 2006) los **paisajes de la prostitución** (Behrens, 2014; Bru, 2006).

Varios puntos en común ligan la existencia de estos paisajes. Por un lado, hay una fuerte conexión entre los imaginarios sobre miedo e inseguridad situados en zonas donde, a la noche, se activan escenarios de la prostitución, que además coinciden con áreas catalogadas como “desoladas”. Por otro lado, es importante considerar la temporalidad para hacer visible lo invisible, más allá del escenario que no cambia en sus formas materiales (sus edificios, sus construcciones) pero sí en sus usos y sentidos. De esta manera, se hace ineludible recurrir a una geografía de lo efímero y lo fugaz (Hiernaux, 2006; 2007) donde los paisajes se visibilizan/invisibilizan en tiempos cortos (el día y la noche, los días de semana/fin de semana). Finalmente, a nivel puramente territorial, se advierte una superposición entre los tres tipos de paisajes invisibles redefiniendo los usos que “tradicionalmente” habían tenido alguna de estos sectores, por ejemplo, la ribera y los paseos costaneros con usos “tradicionalmente” recreativos son prácticamente intransitables en determinados horarios y vinculados a paisajes del miedo. La cartografía de estos paisajes “indeseables” (Nogué, 2007) se pueden advertir en la figura 4.

¹⁴ En 2005, y con muchas voces a favor y en contra, se comenzó a desarrollar el “Plan de optimización de espacios colectivos del área histórico basilical de la ciudad de Luján”, cuya primera etapa se inauguró en mayo de 2007, durante el aniversario de la coronación de la Virgen de Luján e incluyó el estreno de la nueva versión de la plaza Belgrano, que es la que se advierte actualmente, con algunas modificaciones posteriores (Flores, Suárez, 2014).

¹⁵ La rotonda Ana de Matos, la Av. Procesional, los mástiles con las banderas nacionales y vaticanas, el escudo de la ciudad (que se compone de dos elementos centrales: la Virgen y el Cabildo, separados por el río. Abajo se alude a dos fechas: 1630 [año del “Milagro”] y 1755 [año en que Luján logra la categoría de “Villa de los Españoles”]), las espadañas de los edificios coloniales de los alrededores y el monumento ecuestre a Belgrano, funcionan como marcas territoriales (geosímbolos) que son, en definitiva, símbolo de poder, de legitimación; y delimitan el territorio, lo animan, le confieren sentido y lo estructuran (Bonnemaison, Cambrezy 1996).

Figura 4. Paisajes invisibles del Eje histórico-Basilical



Fuente: Elaboración propia sobre la base de *Google Earth*, 2019.

Los paisajes de la desolación se vinculan directamente con la carencia, y remiten habitualmente a “la falta de...”. Esa carencia no solo es sobre bienes materiales, también lo es con respecto a situaciones y singularidades de los objetos geográficos, pero que se vinculan al mundo material. En Luján, este tipo de paisajes (parcialmente visible) se ancla en torno a gran parte del escenario abordado, pero desplazado hacia la zona del río y direccionado a la actividad turística (como podemos ver en las figuras 5 y 6). La falta de mantenimiento de los lugares y la infraestructura, la ineficiencia de acción del estado municipal, y la construcción de otros escenarios “indeseables” en términos de representaciones dominantes (por ejemplo, el uso de la plaza y el sitio del monumento a Belgrano por parte de las gitanas, o la apropiación de las recovas por parte de personas que ejercen la prostitución) son algunas de las imágenes holográficas que muestran estos paisajes ocultos. Lindón (2007b) citando a Relph (1976) refiere a que los paisajes invisibles para algunos pueden transformarse en una interioridad (en el sentido de ser un espacio de sentido más allá de lo material). A partir de la reapropiación del lugar, muchxs *homeless* construyen su *insideness* (interioridad) en pleno espacio público y abierto; tal el caso de las personas en situación de calle que construyen su lugar en la zonas de las recovas neocoloniales. Claro que este paisaje suele activarse durante la noche, cuando la ciudad turística-religiosa entra en pausa y el escenario es apropiado por otros actores y otras prácticas. El estado de deterioro de toda esa zona amplía aún las representaciones sobre la desolación, la privación y ancla todo ese paisaje con los otros dos: el paisaje del miedo y el de la prostitución.

Figuras 5 y 6. Estado actual de algunas zonas del Eje histórico-Basilical



Fuente: Archivo del Bisemanario *El Civismo*, 2019.

El miedo como emoción y experiencia se construye ante un “otro”, un desconocido, un potencial agresor y, en este sentido, está vinculado a la inseguridad. Los paisajes del miedo se activan en un esquema dialéctico entre el miedo, el otro y el espacio. La configuración espacial es clave en la activación del paisaje ya que las formas espaciales actúan como cómplices del potencial agresor (Lindón, 2007) y están naturalizadas. Los paisajes locales del miedo, en este sentido, se sitúan en escenarios nocturnos en las zonas de las recovas (*inssideness* de muchos *homeless*), pero también en algunos fijos detectados como “peligrosos” como la estación terminal de ómnibus y las calles aledañas. Las formas estrechas, las calles poco iluminadas, los espacios abiertos y los pases angostos de la ribera operan como “cómplices espaciales” del agresor y amplían el paisaje hacia la zona del río¹⁶. Pero además, hay un paisaje del miedo que se modula en otro sentido: en torno a un agresor supra-humano (o sobrenatural) que genera el miedo y que “circula” y/o “ancla” en espacios concretos. El sector ribereño del Parque Ameghino, el puente que conecta la costa con el Colegio Marista y los parques de diversiones¹⁷ a ambos lados del río constituyen espacios del miedo construidos a partir de narrativas míticas que lo catalogan como “espacios malditos”. Aquí, la narrativa mítica es clave porque opera sobre la circulación por estos lugares en distintos momentos y a la vez profundiza el paisaje de la desolación ya que los sujetos alteran sus desplazamientos cotidianos para evitar pasar por estos lugares.

Ahora bien, ¿cómo opera la construcción de estos paisajes invisibles? Un elemento fundamental es la experiencia espacial (memoria y acción) y su posterior transmisión a través de los relatos y de las narrativas (discursos) que cargan de sentido a esos espacios. Esta circulación de la experiencia, a través del lenguaje, es individual (subjetiva) pero se proyecta colectivamente. De una experiencia subjetiva se pasa a una intersubjetiva que termina de operar como legitimadora de esa particularidad del paisaje (miedo, desolación, prostitución, en estos casos) a través de la circulación de los discursos que, objetivan la experiencias espaciales (Lindón, 2007).¹⁸ Otro componente fundamental en la construcción de las subjetividades espaciales son los medios de comunicación y

¹⁶ Si bien esto ocurre en escenarios mayoritariamente nocturnos, no quita que también allá paisajes diurnos que se vinculan con este tipo de representación.

¹⁷ A modo de ejemplo es emblemático el caso del Argenpark como un espacio maldito. La narrativa alude a que este parque de diversiones compró los juegos que desechó el Italpark cuando debió cerrar a partir de la muerte trágica de una niña en 1990. Los juegos migraron con la maldición *in situ* y provocaron situaciones trágicas dentro del parque lujanense como la insólita muerte de un trabajador en 2007.

¹⁸ Una situación que puede haber experimentado en un lugar una persona impone formas, rasgos y límites espaciales que la constituyen socialmente y hacen que se la apropien otras personas que no vivieron estas situaciones directamente (Lindón, 2007).

los discursos territoriales que reproducen sobre estos paisajes, que terminan funcionando como legitimadores de la invisibilidad. La prensa local lujanense ha operado en este sentido, fortaleciendo esa experiencia espacial acerca de los paisajes del miedo y la desolación.¹⁹

Finalmente, el otro paisaje invisible que se conjuga en consonancia con los otros dos es el paisaje de la prostitución, que se activa exclusivamente durante la nocturnidad. Esta morfología que se despliega con cuerpos-mercancías (Bru, 2006) espacializados tiene su expresión en torno a fijos que se fueron cimentando históricamente y que condujeron a una territorialidad de la noche. El paisaje se cartografía en torno al corredor que se traza en la calle Lezica y Torrezuri entre 25 de mayo y Almirante Brown y conecta con la Terminal de Ómnibus de larga distancia, a metros de la Basílica. Las estructuras físicas de la zona sirven como refugio para lxs cuerpxs de las mujeres cis y trans que practican la prostitución en un contexto de gran vulnerabilidad y expuestxs al miedo que les provoca un otro “otro” (policía, clientes violentos, vecinos de la zona, otrxs prostitutxs, etc.). Esos lugares, a diferencia del caso de las personas en situación de calle, no constituyen interioridades, sino territorios sin contenido, de paso, más bien comprendidos como no-lugares, a pesar de ser su escenario cotidiano durante la noche, configurando una exterioridad existencial (Relph 1976: 52).

El caso del pueblo Mariano Miró: Tornando visible lo invisible a través de prácticas colectivas

El norte de la provincia de La Pampa constituye una de las áreas liminales de la inmensa planicie loésica, conocida como pampa húmeda. Allí, parafraseando a Borges (1974 [1949], 1997 [1944]), la desaforada llanura verde comienza a desgarrarse en el seco desierto. Ese norte es actualmente el confín del mar de soja que invadió el territorio hace ya más de una década. Se trata de un paisaje monopólico en los que sobrevuelan agro-tóxicos, abundan emigraciones y cierres de escuelas rurales. Como todo paisaje, éste posee una historia, y la Arqueología no es ajena a ella.

Desde fines del siglo XIX y con inmediata posterioridad a la denominada “Conquista del Desierto” (1878- 1885), miles de hectáreas productivas al suroeste de la provincia de Buenos Aires quedaron incorporadas al territorio nacional. Las tierras fueron loteadas y otorgadas a pocos individuos, generándose grandes latifundios. Su producción a cargo de pocas manos contribuyó a la inserción de la Argentina en los mercados internacionales, mediante la expansión económica y la consolidación del Estado Nación (Oszlak 1997). Dichos espacios, de formas diversas, comenzaron a ser ocupados por distintos actores sociales -pobladores, colonos, arrendatarios, trabajadores golondrinas, estancieros, comerciantes- y con ellos fueron desarrollándose los primeros pueblos rurales. Este proceso se vio acompañado con la expansión ferroviaria que permitió conectar zonas distantes, personas, ideas y mercancías a diversas escalas.

Investigadores de distintas disciplinas de lo social -historiadores, geógrafos, sociólogos y antropólogos, han abordado este fenómeno, centrando sus estudios en los factores políticos, económicos, culturales y sociales vinculados a procesos poblacionales del área pampeana. La mayoría de ellos, desde distintas posiciones teóricas, se focalizaron en: los cambios en la producción agrícola-ganadera, la gama de relaciones sociales acaecidas entre los distintos actores, el reparto de tierras y la variación de aspectos demográficos, entre otros temas (Scobbie 1968; Laclau 1975; Cazenave 1993; Barsky y Djenderedjian 2003; Lluch 2008; etc.). Sin embargo, la mayoría de ellos no tuvo en cuenta las prácticas sociales vinculadas a la producción del paisaje por parte de los distintos grupos rurales ni tampoco su relación con su cultura material cotidiana (Landa y Maximiano Castillejo, 2015).

¹⁹ A modo de ejemplo el Bisemario *El Civismo* titulaba: “Bloquean calle con basura en señal de protesta” (04/05/18) refiriéndose a los vecinos de la zona Basical. Otros titulares decían: “Los GPSs ya señalan unas 40 zonas peligrosas en Luján” (27/2/10) y “Denuncian prostitución de menores en la zona Basical” (08/03/19). El 3 de abril de 2019 en el Facebook del Bisemario publicaron una galería de fotos donde se muestra el deterioro de toda la zona. Disponible en: <https://www.facebook.com/elcivismo/photos/pcb.2205645986189703/2205630859524549/?type=3&theater>

Asumiendo esta carencia y abordándola desde el campo de conocimiento conocido como Arqueología histórica (Orser 1996) y la ya caracterizada Arqueología del paisaje (Criado Boado, 1999), desde el 2008 nuestro equipo de investigación comenzó a trabajar en el área comprendida por los departamentos Trenel, Realicó, Rancul, Maracó y Chapaleufú (provincia de La Pampa) interviniendo arqueológicamente en antiguas pulperías, casas de negocios, puestos rurales y pueblos establecidos entre finales del siglo XIX y principios del XX (Landa *et. al.*, 2010; Montanari *et. al.*, 2013; Landa *et. al.*, 2014; Landa y Maximiano Castillejo, 2015 y Landa *et. al.*, 2018, entre otros).

En este marco, la investigación de Mariano Miró, un antiguo asentamiento rural ocupado a inicios del siglo pasado y ubicado en el entonces territorio nacional de La Pampa, pone en evidencia que los intentos de poblamiento no siempre fueron exitosos. Su caso resulta interesante para reflexionar en torno a la construcción social de un nuevo paisaje rural, sus cambios en la diacronía, sus procesos de visibilidad/invisibilidad, así como sus vínculos con la identidad y memoria de las comunidades circundantes actuales. En aras de comprender el devenir del paisaje y sus momentos de visibilidad/invisibilidad e hiatos comprendidos entre el olvido y la memoria, comenzaremos el relato desde su “descubrimiento” arqueológico para profundizar luego en su cronología.

Nuestro acceso al yacimiento no se encaminó a través de los recorridos habituales del arqueólogo (Landa, 2016): Durante el año 2011, la docente Alicia Macagno y sus alumnos de la Escuela Rural N° 65 -aledaña al sitio- comenzaron a recolectar material perteneciente al antiguo poblado que afloraba en superficie, como una iniciativa de recuperación de su pasado. Extrajeron así más de 4000 fragmentos (vítreos, cerámicos y metálicos), los clasificaron y llevaron a cabo un trabajo que presentaron en la feria de ciencias provincial (imagen). A través de este evento tomó conocimiento el Departamento de Estudios Sociales de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de La Pampa. Dicha dependencia hizo contacto con nosotros, debido a nuestros antecedentes laborales en la región, con fines de dar cuenta de la potencialidad arqueológica del sitio y preservar su patrimonio. De esta manera comenzamos a accionar arqueológicamente sobre un área de 1,50 m x 2,80 m aproximadamente, en donde los únicos vestigios que pudieran dar cuenta de una población allí establecida durante más de una década eran fragmentos de vidrio desperdigados entre el sojerío sembrado.

Este primer “rescate” de esos vestigios esparcidos entre los surcos de arado, realizado por la maestra y sus alumnos, comenzó a hacer visible lo invisible. Puso en evidencia la existencia de paisajes solapados y superpuestos, en donde el actual encubre a otro que pulsa por emerger. Su accionar los convirtió en sujetos activos que buscaron (re)construir un paisaje pasado y soterrado desde sus restos dispersos. Como paso posterior y con ayuda de la arqueóloga Dra. Virginia Pineau, los restos recuperados fueron catalogados y registrados como colección patrimonial con el fin de ser expuestos en su escuela. Tras esta idea subyacía la intención de dar relevancia y poner en valor al establecimiento frente a las desapariciones de escuelas rurales de la zona. Lamentablemente, la estrategia no funcionó y en 2013 la Escuela rural N°65 cerró sus puertas. Actualmente, la colección aguarda en un depósito para ser enviada y expuesta en algún museo local. Según Alicia Lindón (2005) lo que no se ve suele no conocerse, este primer accionar de la comunidad educativa inició un camino en torno a la visibilización del paisaje sepultado. La participación de la comunidad, o de un sector de ella, contribuye a hacer visible lo invisible, de esta forma lo que es invisible para muchos comienza ser visible para cada vez mayor cantidad de sujetos. Por ende, el producto de la mirada de estos actores sociales constituye un aporte al continuo proceso de construcción del paisaje.

Imagen 7, 8 y 9. Colección hallada por Alicia Macagno y sus alumnos (Escuela rural N° 65)



Fuente: fotos propias, 2019.

Mariano Miró fue un asentamiento rural ubicado en un pequeño sector de lo que actualmente es el departamento de Chapaleufú en el norte de la provincia de La Pampa ($35^{\circ}01'31,1''$ LS y $63^{\circ}48'71,1''$ LO) (Figura 10). El poblado fue establecido sobre las planicies medanosas que fueron formadas por los depósitos arenosos de origen eólico durante el Pleistoceno. El avance de la frontera agrícola ha modificado el paisaje de modo intenso eliminando las formaciones medanosas y las estribaciones del monte de caldenar que ocuparon esta región (Landa *et. al.*, 2014). Dicho pueblo existió entre los años de 1901 a 1914, para desaparecer bajo la producción agropecuaria de índole latifundista. Llegó a contar con 495 habitantes y poseer las típicas instalaciones de todo asentamiento rural: hotel, almacén de ramos generales, carnicería, herrería, peluquería, galpones y estructuras para acopio de cereales, etc. (Censo de Territorios Nacionales, 1905, 1912). Sin embargo, no contaba con la presencia edilicia de instituciones típicas de los pueblos rurales de la provincia de Buenos Aires como son: iglesia, banco, dependencia policial, juzgados, etc., debiendo los habitantes acudir al pueblo cercano, Carlos de Alvear, para cuestiones burocráticas (e.g bautismos).

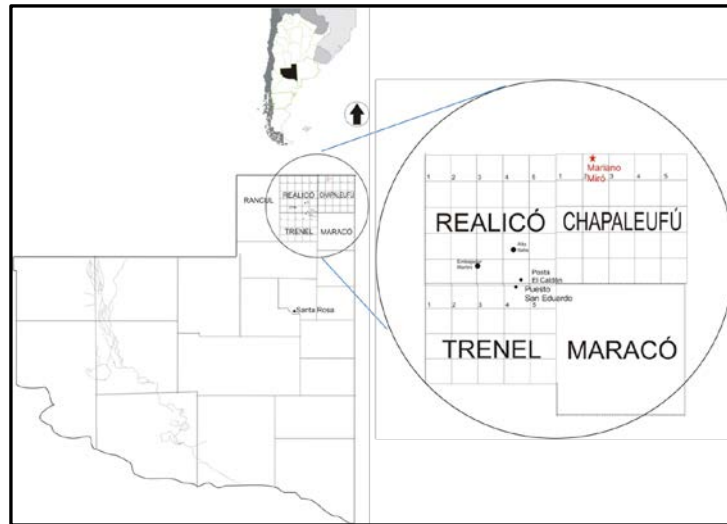
Las vías de comunicación entre los poblados y otras materialidades rurales (pulperías, casas de negocios, estancias, puestos, etc.) eran los caminos rurales (algunos de sus tramos coincidían con las antiguas rastrilladas indígenas) y el Ferrocarril Central Oeste, que también los conectaba con Buenos Aires (Coll y Landa, 2018). En la actualidad sólo se mantiene en pie la estación Mariano Miró. Nada en superficie hace imaginar que allí existió durante más de una década un poblado de casi 500 habitantes. Como veremos, el paisaje rural de Mariano Miró pasó rápidamente al olvido, constituyendo nuevas capas paisajísticas que en la actualidad lo caracteriza un manto de soja que lo cubre todo (Figura 11).

La ausencia de estructuras sobre el terreno nos motivó a plantear un abordaje que combinara la labor arqueológica de campo, la búsqueda y análisis de diversas fuentes documentales como planos, censos de población, censos agrícolas y fotografías con los relatos orales obtenidos a partir de entrevistas a miembros de las comunidades aledañas al sitio y a descendientes directos de pobladores de Mariano Miró. En síntesis, había que visibilizar ese paisaje invisible de gran densidad identitaria.

En una primera aproximación arqueológica, durante las campañas de 2011 y 2012 se determinó: la extensión estimada de la ocupación, a partir de los numerosos restos hallados en superficie; se realizó un exhaustivo relevamiento topográfico; la recolección sistemática de superficie (más de 11000 artefactos); la prospección con detector de metales y las primeras excavaciones arqueológicas (Landa *et. al.*, 2014). A partir de la información recuperada con esta metodología se realizaron 23 sondeos exploratorios, teniendo en cuenta los hallazgos en superficie y las características del terreno. Además, se planteó de modo dirigido una trinchera de 2 x 1 m y una cuadrícula de 2 x 2 m. En el primer caso, la trinchera cortaba un rasgo circular que, según los pobladores, correspondía al sótano de una construcción. En el segundo caso, la cuadrícula se ubicó

en un área donde un molinero de la zona había hallado materiales durante lo construcción de la estructura actual (molino que provee de agua al campo y a la estación de ferrocarril). En dicha unidad de excavación se halló un piso de pinotea. Las excavaciones -que hasta ahora abarcan una superficie de 36,5 m²- permitieron determinar la presencia de al menos 3 áreas de descarte de materiales y la presencia de dos muros in situ con parte de sus paredes derribadas hacia el exterior.

Figura 10: Ubicación del sitio arqueológico Mariano Miró (antiguo Mariano Miró 1901-1914).



Fuente: IGN.

Figura 11: Foto del sitio arqueológico durante el mes de enero cubierto de soja.



Imagen aérea del sitio en donde se observa la estación y el lugar en donde se habría ubicado el pueblo.

Fuente: foto propia, 2012.

Figura 12: Foto del relevamiento y visibilización del paisaje de Miró.



Figura arriba (izq. a dcha.): trazado de transectas de prospección, trabajo con detector de metales para determinar concentraciones subsuperficiales y recolección sistemática de los materiales de superficie. Medio: detalles de los muros y pisos recuperados en trinchera 2 y en cuadrícula I. Abajo: detalle de áreas de descarte.

La diversidad de fragmentos materiales hallados podrían dividirse en dos tipos: 1- aquellos que corresponden a contextos domésticos o vinculados a la vida cotidiana, tales como contenedores vítreos (botellas, frascos de perfumería y botica), botellas de gres, piezas de vajilla de loza y porcelana, restos óseos y partes de utensilios metálicos; y 2- restos vinculados a las construcciones que allí existieron, tales como fragmentos de ladrillos, baldosas, clavos y maderas, entre otros. Los objetos, los muros y los pisos que fueron habitados, nos hablan de una cotidianidad de personas que nacieron, vivieron y murieron allí.²⁰

Walter Benjamin (2010) sostenía que la “(...) memoria es el medio de lo vivido, al igual que la tierra viene a ser el medio en que las viejas ciudades están sepultadas, quien quiera acercarse a lo que es su pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava” (p. 350), partiendo entonces del genuino interés de la pequeña comunidad educativa rural por conocer su pasado, la actividad arqueológica fue ampliando a mayor escala la visibilidad de ese paisaje enterrado, entreabriendo a la luz a aquello que estuvo por un siglo en la oscuridad.

²⁰ En próximas campañas se planea hacer un estudio de carácter geofísico -específicamente la utilización de georadar- con el fin de confeccionar un mapa de anomalías subsuperficiales plausible de ser cotejado con los mapas históricos en aras de orientar y dirigir excavaciones en sectores específicos del sitio.

Figura 13: Materiales recuperados que dan cuenta del paisaje invisible



Figura: a: Materiales de loza, plato (sello Vileroy y Boch, Holanda), taza (procedencia indeterminada), fragmentos de una pasta de dientes y de un pote de ungüento para el reuma; b. Materiales de metal, lata de conserva de sardinas; y c. Materiales de vidrio, fragmento de frasco de píldoras medicinales *Pink pills for pale people*, sello de botella de Fernet Branca (Italia), base de vaso y botella de bitter francés Des Bosques.

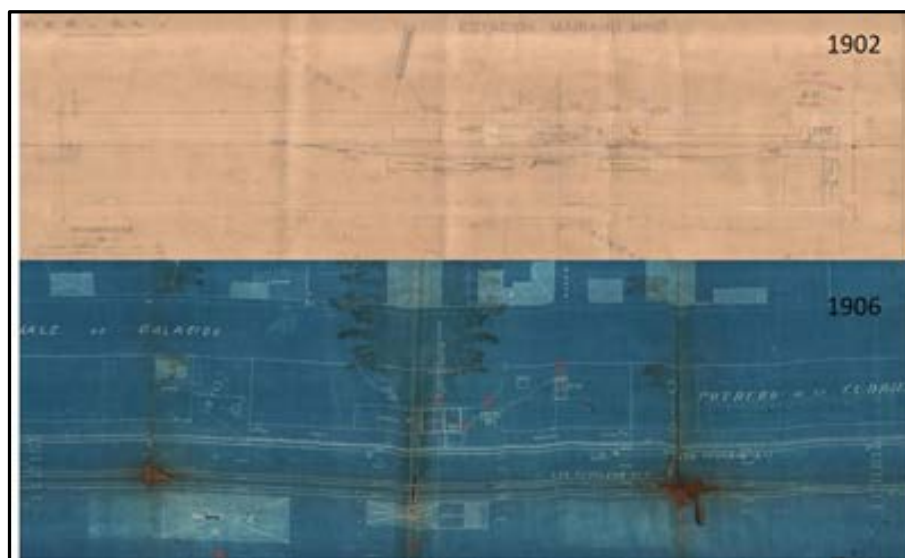
Los arqueólogos a través de nuestra labor nos convertimos en emprendedores de la memoria (Jelin y Langland, 2003), y en descubridores/constructores de paisajes, “no porque seamos profesionales y tengamos un título que nos acredite frente al Estado y a las comunidades, sino como urdidores y tramadores que con diversas fuentes de información vamos creando memorias. No sólo se excava en los sedimentos. Se excava en los textos, en los discursos, en las representaciones, en los relatos, en los gestos, en lo que se dice y en lo que no se dice” (Landa, 2015: 17). Como sostiene Joan Nogué (2007), los paisajes que han perdido su sentido, su significado, se tornan asequibles penetrando lo invisible a través de lo visible, haciendo visible aquello que miramos pero no vemos, en nuestro caso las “ruinas sin esplendor” de un pueblo sepulto que supo estar alguna vez en el horizonte.

En aras de descubrir/recrear esta forma paisajística invisibilizada y olvidada, a fin de comprender las particularidades en la producción cultural de dichos paisajes, hemos indagado en sus dimensiones no materiales. Por ello consideramos que una contribución necesaria para “excavar” en esas historias olvidadas y profundas son los estudios de la memoria oral, siendo las fuentes documentales y las entrevistas, las herramientas adecuadas a tal fin.

Procedimos al relevamiento y análisis de documentación histórica procedente de diversos archivos y repositorios históricos nacionales y provinciales (e.g. Archivo Histórico y Geodesia y Catastro Provincia de La Pampa, Museo del Ferrocarril, Archivo General de la Nación; entre otros). Pese a la intensa búsqueda, la documentación hallada relacionada con el pueblo de Mariano Miró fue realmente escasa. Apenas escuetas alusiones a aspectos demográficos y estructurales en los mencionados censos y guías comerciales. Sin embargo, hallazgos relevantes fueron los planos de la estación de ferrocarril Mariano Miró encontrados en los archivos del Museo del Ferrocarril “Scalabrini Ortiz” y de la Asociación Amigos del Ferrocarril: seis planos fechados entre 1902 y 1912, en los que puede apreciarse, frente a la estación, la planta del asentamiento (distribución de

sus calles y estructuras principales) (Figura 14). Estos son las únicas representaciones del pueblo que se conocen hasta la actualidad. El análisis a escala de sitio muestra que el patrón de distribución de material en superficie y subsuperficial, determinado arqueológicamente, se ajusta tanto a la extensión del pueblo como a la disposición de las construcciones.

Figura 14. Mapas de 1902 y 1906 (orientados hacia el sur en el original) en donde se observa la distribución de las estructuras del pueblo de Mariano Miró.



Fuente: Museo del Ferrocarril “Scalabrini Ortiz” y de la Asociación Amigos del Ferrocarril

Resulta interesante destacar la exigua cantidad de documentación referida a la presencia de una ocupación poblacional que excede la década de existencia. Si bien la información recabada en archivos es escasa, la misma fue integrada con el trabajo del historiador local Neldo Giorgi (2008), vecino de Hilario Lagos y descendiente de pobladores de Miró. Este autor publicó un libro sobre la historia de la localidad basándose tanto en documentos de archivo (provinciales, locales y personales) como apelando también a la memoria oral de sus coterráneos.

Un dato relevante, aportado por Giorgi (2008), permite conocer el motivo de abandono del poblado. Las tierras, donde se instaló la población de Miró, eran arrendadas a la familia Santamarina, conocidos latifundistas de la región. Próximos a la fecha de recensión del contrato, la gente fue intimidada mediante amenazas por parte de hombres armados a desocupar sus viviendas y abandonar el pueblo. Se les concedió como ultimátum un lapso para poder retirar sus pertenencias. La decisión unilateral de los terratenientes estuvo motivada por razones de índole productiva: la explotación agropecuaria. De esta forma, y por el período de tres años que duró el vaciamiento del pueblo, éste se convirtió en un paisaje de miedo y desolación (Lindón 2007b, 2008b; Nogué 2007). Como sostiene Alicia Lindón (2007b, 2008b) la violencia y el miedo pueden anclarse en un espacio dejando su marca como paisaje. En el caso de Miró, la violencia al ser ejercida a través de actos generadores de miedo puede haber provocado reacciones en sus víctimas: prácticas, percepciones e imaginarios que logran conducir al olvido e invisibilidad del paisaje temido. Esta experiencia tal vez haya sido la razón de la escasa transmisión de memoria en torno a este pueblo, cuyos expulsados fundaron dos poblaciones actualmente en pie en la provincia de La Pampa: Hilario Lagos (ex Aguas Buenas) e Alta Italia. Pese a ello, el abandono del asentamiento fue paulatino, tal como lo muestra el censo realizado en Territorios Nacionales de 1912, en el cual se refleja la presencia de 254 habitantes y la persistencia de la actividad en la estación ferroviaria. Los pobladores extrajeron de sus casas todo lo reutilizable, derribando sus paredes (tal como lo

muestran las excavaciones arqueológicas). Esta razón, sumada al accionar del pisoteo del ganado y de la maquinaria agrícola posterior, explica la ausencia de estructuras en superficie.

Las capas paisajísticas fueron superponiéndose y sumándose, fluctuando desde el poblado original, pasando del miedo a la presencia monopólica agrícola-ganadero de carácter latifundista que se consustancia con el imaginario y discursos historiográficos post conquista del desierto: el del estanciero y la Argentina, granero del mundo. Este “arquetipo paisajístico” (Nogué 2007), con ligeras variaciones, persiste hasta la actualidad.

Por otra parte, en relación a la memoria oral de los habitantes de la región, contamos con un *corpus* de entrevistas, por demás interesante, dado que hemos hallado cintas de reportajes realizados a fines de la década del 70 a los fundadores de la localidad de Alta Italia, aquellos pioneros que provenían del abandono de Miró (Landa, 2017). Por otra parte, llevamos a cabo varias entrevistas a hijos y nietos de dichos fundadores, con el objetivo de poder comprender no solo la constitución identitaria de la comunidad en relación a su sentido de pertenencia con el lugar, sino también la transmisión intergeneracional de la memoria colectiva. Precisamente es esta memoria de los pobladores la que posibilita, entre otras vías de análisis, reconstruir paisajes pasados (Lindón, 2008b).

Estas entrevistas también revelaron el escaso recuerdo que poseían de Mariano Miró los habitantes de la región. Menciones a la extracción de materiales del pueblo y al almacén de ramos generales, y sin mayor información pudo obtenerse. Al igual que con la documentación histórica, esto resulta llamativo dado que pese a que los habitantes de Miró fundaron los lugares mencionados, lejos de convertirse éste en un paisaje de carácter mítico o un hito fundacional, fue cayendo un olvido que lo invisibilizó. Siguiendo a Nogué (2010), entendemos que “(...) cuando se eliminan de un plumazo y sin consenso social aquellos elementos que dan continuidad histórica a un paisaje determinado y cuando ello provoca una inmediata y traumática pérdida del sentido de lugar, no asistimos a una evolución del paisaje, sino a su destrucción” (p. 129). De esta manera, el brusco y violento accionar de los propietarios de la tierra instauró la génesis de un paisaje que fue sedimentándose con capas de miedo y olvido. Esta rápida destrucción del paisaje y pérdida forzada del sentido de lugar pudo haber tenido efectos psicológicos en los desterrados que explicarían la no transmisión de su memoria y su actual desconocimiento (allende a que la mayoría de los habitantes de los pueblos cercanos e incluso de aquellos fundados por los expulsados de Miró, transitan cotidianamente por la ruta y caminos rurales que atraviesan su antiguo emplazamiento).

Conclusiones

A pesar de las distancias espaciales y temporales, las estructuras y las coyunturas, los dos casos abordados echan luz sobre algunas regularidades interesantes de resaltar a la hora de abordar la lectura cultural de los paisajes desde la perspectiva de la visibilidad/invisibilidad.

Por un lado, es necesario valorar la incipiente necesidad de dotarse de un heterogéneo arsenal de fuentes y recursos metodológicos que permitan garantizar la emergencia de todo aquello que se esconde tras la materialidad misma. Tanto desde la arqueología espacial como desde la geografía cultural, la recurrencia a las técnicas cualitativas parece ser el camino idóneo para poder conseguir la complejidad buscada y recuperar ese mundo inmaterial que construye y se vincula con la materialidad misma.

Por otro lado, el rescate de los discursos (sobre todo los de orden espacial) parece ser un dispositivo central para recuperar la visibilidad de lo oculto. En este sentido, “... detrás de las manifestaciones materiales de los imaginarios, a veces escondidos en el discurso sobre la ciudad del individuo anónimo, emergen los motores profundos de las transformaciones materiales de nuestras ciudades. Más que analizar los «hechos», la realidad «concreta» (que también merece una lectura desde lo subjetivo y los imaginarios), el gran desafío... es interrogarse acerca de todas las manifestaciones simbólicas que articulan la espacialidad” (Hiernaux, 2006). Y en estas líneas los discursos válidos deben ser “todos”, porque en ese universo intersubjetivo es en donde el paisaje invisible se enciende y nos permite bucear en sus laberintos.

Además, la suma de voces favorece la riqueza analítica. El caso de Miró es ejemplo de esto, y la necesidad de sumarlos no como sujetos pasivos sino como protagonistas da cuenta de ello. En este sentido, el trabajo arqueológico comunitario en forma creativa atraviesa estas capas sedimentadas para recrear paisajes que enlazan pasados y presentes, posibilitando comprender el devenir paisajístico de la región tanto en sus aspectos tangibles como en los intangibles. En este sentido, se construyó, en estrecho vínculo con las comunidades (así debe ser siempre), paisajes de múltiples capas que oscilan entre el paleo-paisaje o paisaje del pasado al paisaje patrimonializado. Para ello, no basta solo el cucharín y el pincel, ni los archivos, ni las entrevistas, sino también la realización de diversas actividades participativas junto a la comunidad (charlas, presentaciones, producción de material gráfico de difusión en formato físico y redes sociales, etc.). La experiencia del paisaje lujanense no está exenta de esta perspectiva. La suma de “voces” permitió articular una red de participación en los procesos de visibilización que sumó desde la presa local, los vecinos de las zonas analizadas hasta los habitantes de los propios paisajes de la nocturnidad.

Finalmente, resaltar la necesidad de multiplicar los estudios comparados como ámbitos que nos permite cruzar teorías, técnicas y experiencias, sobre todo entre aquellas disciplinas que habitualmente se encuentran aisladas, pero que sin embargo comparten abordajes similares, como en este caso la lectura cultural del paisaje geográfica y arqueológicamente.

Continuamente nos movemos en lo cotidiano entre paisajes ancestrales incógnitos, su visibilidad dependerá del accionar de sujetos y comunidades que busquen crear/recrearlos “(...) a partir de la reapropiación de ciertos elementos materiales de manera situacional (en el sentido goffmaniano), y de la resignificación de los mismos (...)” (Lindón 2005: 5). Por ende siguiendo a esta autora “(...) descifrar un paisaje requiere retroceder hacia el pasado porque es en él en donde cada sociedad, cada grupo social, encuentra una tradición o un mundo de sentido dentro de los cuales es posible pensar un elemento paisajístico de cierta forma particular” (Lindón 2005: 8). Este accionar no solo deshegemoniza y desmonopoliza los imaginarios que el poder instauró, sino que produce la comprensión colectiva de nuevos significados y la generación de nuevas capas en torno a la concepción del paisaje de la región a partir de una reinención creativa. El paisaje entonces, adquiere su matiz político, y es allí donde debemos poner la mirada.

Bibliografía

- Anschuetz, K., Wilshusen, R. y Scheick, C. 2001. An archaeology of landscapes: perspectives and directions. *Journal of Archaeological Research* 9:152-197.
- Ballivián Torrez, J. 2009. La arqueología de Paisaje como Teoría y Método. *Anales de la XXIII Reunión Anual de Etnología Museo de Etnografía y Folklore “Repensando el Mestizaje”*. pp. 169-176. La Paz.
- Barsky O. y J. Djendedjian. 2003. *Historia del capitalismo agrario pampeano*. Tomo I. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Behrens, R. 2014. Cada prostituta en su lugar. La sexualidad para definir el espacio urbano. *Estudios Sociales Contemporáneos* (11):51-62.
- Bender, B. 2001. Time and Landscape. *Current Anthropology*, 43(4):103-112.
- Benjamin, W. 2010. Excavar y recordar en Imágenes que piensan. *Obras. Libro IV. Vol. 1*. Abada. Madrid.
- Binetti, J. y Suárez, F. 2016. *Una virgen para el pago. Historia y patrimonio del Luján. 1580-1740*. Cienflores. Ituzaingo.
- Bonnemaison, J. y Cambrezy, L. 1996. Les aspects théoriques de la question du territoire & Le lien territorial entre frontières et identité. *Géographie et cultures*, (1) París.

- Borges, J. L. 1997 [1944]. *Ficciones*. Alianza. Buenos Aires.
- Borges, J. L. 1974 [1949]. *El Aleph*. Emecé. Buenos Aires.
- Bru, J. 2006. “El cuerpo como mercancía”. En: Nogué, J. y Romero, J. (Eds.), *Las otras geografías*. Tirant Lo Blanch. Valencia. pp. 465-492.
- Buzai, G. y Baxendale, C. 2011. *Análisis socioespacial con Sistema de Información Geográfica*. Tomo 1: perspectiva científica / temáticas de base raster. Lugar Editorial. Buenos Aires.
- Buzai, G. y Baxendale, C. 2012. *Análisis socioespacial con Sistema de Información Geográfica*. Tomo 2: ordenamiento territorial / temáticas de base vectorial. Lugar Editorial. Buenos Aires.
- Cazenave, W. 1993. *Campo pampeano. Una contribución al conocimiento de su historia. Desde sus orígenes hasta 1914*. Fondo Editorial Pampeano. Santa Rosa.
- Claval, P. 1999. *La Geografía cultural*. EUDEBA: Buenos Aires [original en francés de 1995].
- Corboz, A. 1983. El territorio como palimpsesto. *Revista Diogéne*, (121)14-35.
- Cosgrove, D. 1983. Towards a radical cultural geography: problems of theory. *Antipode: A Radical Journal of Geography*, 15(1).
- Cosgrove, D. y Jackson, P. 1999. New directions in cultural geography, *Area*, (19).
- Cosgrove, D. 2002. Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista. *Boletín de la A.G.E.*, (34):63-89.
- Criado Boado, F. 1995. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. En: Claudia Barros y Javier Natri (Eds.), *La perspectiva espacial en arqueología*. Centro Editorial América Latina. Buenos Aires. pp. 75-116.
- Criado Boado, F. 1999. *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Ed. Grupo de investigación en arqueología del paisaje. Universidad Santiago de Compostela. Galicia.
- de la Rea, A. 1755. *Plano del Pueblo de Nuestra Señora de Luján*. Copia del Archivo Zeballos del Complejo Museográfico Enrique Udaondo (Luján).
- Fernández, M. et. al. 1996. *Alla ricerca del centro storico. Il caso di Luján*. Franco Angelli. Venezia.
- Flores, F. 2013a. Detrás del Santuario. Paisajes visibles e invisibles en torno a la hierópolis nicoleña (Argentina). En: Rogelio Martínez Cárdenas (Ed.), *Santuarios, fiestas patronales, peregrinaciones y turismo religioso*. Grupo Eumed. Universidad de Málaga. España.
- Flores, F. 2013b. Luján como hierópolis: del relato espacial al lugar religioso. *Revista Universitaria de Geografía*. (21):137-158.
- Flores, F. y Suárez, F. 2014. La Plaza Belgrano como escenario espacial. Una lectura cultural del territorio. *REDSociales*, (1)3:184-203.
- Foguelman, P. 2003. Reconsideraciones sobre los orígenes del culto a la Virgen de Luján. *Entre pasados* (23).
- Giorgi, N. 2008. *1900-2008. Resumen de una historia olvidada. Auge y Ocaso de un Asentamiento Poblacional*. Hilario Lagos, La Pampa.
- Gutiérrez Puebla, J. y Gould, M. (1994) “SIG: sistemas de información geográfica” en Madrid: Editorial síntesis.
- Harvey, D. 1998. The geography of class power. *Socialist Register* 34(34):49-74.

- Hiernaux, D. 2006. Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques de imaginarios y otros conflictos. En: Lindón A., Aguilar, M. y Hiernaux, D. (Coord.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. México: Anthropos. Pp. 27-42.
- Hiernaux, D. 2007. "Paisajes fugaces y geografías efímeras". En: Nogué, J. (ed.). *La construcción social del paisaje*. Colección Paisaje y Teoría. Biblioteca Nueva: Madrid. pp. 241-262.
- Iglesias, A. y Lanson, D. 2010. Significado del turismo de peregrinación para el desarrollo local. Caso de las peregrinaciones a la Basílica Nacional de Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción del río Luján, provincia de Buenos Aires, República Argentina. *ROTUR*, (3):113-148.
- Ingold, T. 2000. *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge. Londres.
- Jackson, P. 1999. ¿Nuevas geografías culturales? *Documents Annals de Geographie*, (34), Barcelona.
- Jelin, E. y V. Langland. 2003. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Knapp, A. y Ashmore, W. 1999. Archaeological landscapes: constructed, conceptualized, ideational. En: Ashmore, W. y Knapp, B. (Eds). *Archaeologies of landscape: contemporary perspectives*. Blackwell. Londres. pp. 1-30.
- Laclau, E. 1975. "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno". En Jiménez Zapiola, M. y E. Laclau (Comp.). *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Landa, C. 2015. Las ciudades y la memoria o la memoria de las ciudades. Disquisiciones para olvidar el olvido. En: *Urbania. Revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades*, (4):13-22. Arqueocoop ltda. ISSN 1853-7626. <https://revistaurbania.wordpress.com/archivo/n4-2015/>. Acceso febrero de 2019.
- Landa, C. 2017. Arqueología de un pueblo fantasma. Mariano Miró (1901-1914, La Pampa). *Martín Fierro. Dos Jornadas. Memoria de las IV y V Jornadas de Promoción, Investigación y Debate del Universo del Martín Fierro*. F. Gómez Romero y M. Varettoni (Comps.). Ayacucho. Buenos Aires.
- Landa C., V. Pineau., E. Montanari, N. Ciarlo y D. Chiecchio. 2010. Arqueología de los primeros colonos en el norte de La Pampa. Puesto San Eduardo, Dto. de Trenel (fines del siglo XIX y principios del XX) en *Mamul Mapu: Pasado y presente desde la Arqueología Pampeana*. (Berón, M, L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte, eds.). Libros del Espinillo. Ayacucho. pp. 453-463.
- Landa C., V. Pineau, E. Montanari y J. Doval. 2014. Taphonomy of a Village: Mariano Miró (Chapaleufú Department-La Pampa-Argentina). Early XXth Century. *Intersecciones en Antropología*. Volumen Especia 1: Taphonomic Approaches to the Archaeological Record. Borrazzo, K y C Weitzel. pp 71-84.
- Landa, C. y A. Maximiano Castillejo. 2015. De la Toldería al Rancho. Arqueología espacial del poblamiento rural en el nordeste de La Pampa (1870-1930) en *Más allá de las nubes de puntos en mapas. Arqueología y tecnologías de la información espacial: una perspectiva ibero-americana*. (A. Maximiano y E. Cerrillo-Cuenca eds.) Archaeopress Publishing Ltd. Oxford. pp. 231-253.
- Landa, C., Pineau, V., Coll, L., Alfayate, E., Caretti, F., Doval, J., Rearte, A., Andrade, A. y Montanari, E. 2017. Análisis espacial de la Zanja de Alsina en la Provincia de La Pampa, Argentina (1876-1879). Un abordaje interdisciplinario entre la Arqueología y la Geografía. *Revista Huellas* 21(2), Instituto de Geografía, EdUNLPam: Santa Rosa. En: <http://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/huellas>.

- Landa C., Pineau V., E. Montanari y J. Doval. 2018. *Paisajes de la campaña pampeana (siglos XIX y XX). Abordajes desde la Arqueología rural en Argentina*. C. Landa, V. Pineau, E. Montanari y J. Doval (eds.). A. Izeta (ed. responsable). South American Archaeology Series. Archaeopress. Oxford. UK.
- Lefebvre, H. 1991. *The production of Space*, Cambridge: Blackwell, [original en francés de 1974].
- Lindón, A. 2005. “La construcción social de los paisajes invisibles y del miedo”, en *III Seminario. Internacional sobre Paisatges incògnits, territoris ocults: les geografies de la invisibilitat*, Barcelona.
- Lindón, A. 2006. “La espacialidad de la vida cotidiana: hologramas socio-territoriales de la cotidianeidad urbana”. En: Nogué, J. y Romero, J. (Eds.) *Las otras geografías*. Tirant Lo Blanch. Valencia. pp. 425-446.
- Lindón, A. 2007a. Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales. *Eure*, 23(99). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Lindón, A. 2007b. “La construcción social de los paisajes invisibles del miedo”. En: Nogué, J. (ed.). *La construcción social del paisaje*. Colección Paisaje y Teoría. Biblioteca Nueva: Madrid. pp. 217-240.
- Lindón, A. 2008a. De las geografías constructivistas a las narrativas de vida espaciales como metodologías geográficas cualitativas. *Revista da ANPEGE*, (4), Porto Alegre.
- Lindón, A. 2008b. Violencia/miedo, espacialidades y ciudad. *Casa del Tiempo*. Vol. 1. Época IV. N°4. Universidad Autónoma de México.
- Lindón, A. e Hiernaux, D. (Dirs.). 2010. *Los giros de la geografía humana. Desafíos y horizontes*. Anthropos: México.
- Lluch, A. 2008. *La economía desde la ocupación capitalista a la crisis del '30 y los años posteriores. Historia de La Pampa. Sociedad, Política, Economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1953)*. A. Lluch y C. Salomón Tarquini editores. Universidad Nacional de La Pampa. Santa Rosa.
- Marquiegui, N. y Fernández, M. 1998. Convergencias: las etapas del proceso de urbanización en una ciudad antigua de la provincia de Buenos Aires. El caso de Luján (República Argentina), siglos XVIII a XX. *Revista de Historia de América* (123). Pan American Institute of Geography and History.
- Martel, R. y Baires, S. 2004. “Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador”. En: Lindón, A, Aguilar, M. y Hiernaux, D. (Coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Anthropos. Barcelona. pp. 119-136.
- Massey, D. 1999. Spacetime, science and the relationship between physical geography and human geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*. N° 24(3):261-276.
- Montanari, E., C. Landa y V. Pineau. 2013. El Caldén. Pulpería y Posta de Caminos. Norte de La Pampa (fines del siglo XIX). Primera Aproximación. *Revista del Museo de La Plata*. (13)87: 395-404. La Plata.
- Montaner, J. 2006. “Vulnerabilidades urbanas: separar, olvidar, deshabitar”. En: Nogué, J. y Romero, J. (Eds.), *Las otras geografías*. Tirant Lo Blanch. Valencia. pp. 353-368.
- Nogué, J. (ed.). 2007a. *La construcción social del paisaje*. C. Paisaje y Teoría. Biblioteca Nueva: Madrid.
- Nogué, J. 2007b. Territorios sin discurso, paisajes sin imaginario. Retos y dilemas. *Ería*. (73-74): 373-382.
- Nogué, J. 2010. El retorno al paisaje. *Enrahonar*, 45, 123-136.

- Oliver-Frauca, L. 2006. "La ciudad y el miedo". En: Nogué, J. (ed.). *La construcción social del paisaje*. Colección Paisaje y Teoría. Biblioteca Nueva: Madrid. pp. 369-388.
- Orser, Ch., Jr., 1996. *A Historical Archaeology of the Modern World*. Plenum Press, Nueva York y Londres.
- Oszlak, O. 1997. *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*. Ariel. Buenos Aires.
- Pred, A. 1981. Social reproduction and the time-geography of everydaylife. *Geografiska Annaler, Serie B, Human Geography*, 63(1).
- Relph, E. 1976. *Place and Placelessness*. Pion. Londres.
- Rosendahl, Z. 2009. "Hierópolis y procesiones: lo sagrado y el espacio". En: Carballo C. (Coord.). *Cultura, territorios y prácticas religiosas*. Prometeo. Buenos Aires.
- Santos, M. 1990. *Por una geografía nueva*. Espasa Calpe: Madrid [original portugués en 1986].
- Sauer, C. 1925. *The morphology of landscape*. University of California Publications in Geography. California.
- Scobbie, J. 1968. *Revolución en las pampas. La historia social del trigo argentino 1860-1910*. Solar Hachette. Buenos Aires.
- Soja, E. 1985. Regions in context: spatiality, periodicity, and the historical geography of the regional question. *Society and Space* 3(2):175- 190.
- Suárez, F. 2013. *Luján antes de convertirse en villa*. Grupo Efe editores. Buenos Aires.
- Thomas, J. 2001. Archaeologies of Place and Landscape. En: Hodder. I. (Ed.), *Archaeological Theory Today*. Polity. Cambridge. pp. 165-186.
- Thrift, N. 1981. *Spatial Formations*. Sage: Londres.
- Villafañez, E. 2011. Entre la geografía y la arqueología. El espacio como objeto de representación. *Revista de Geografía Norte Grande*, (50):135-150.
- Winchester, H., Kong, L. y Dunn, K. 2003. *Landscapes: Ways of imagining the world*. Pearson. Prentice Hall, U.K.

Recibido: 11/03/19
Aprobado: 26/04/19

© 2019 Los autores.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0. Internacional. Reconocimiento - Permite copiar, distribuir, exhibir y representar la obra y hacer obras derivadas siempre y cuando reconozca y cite al autor original. No Comercial – Esta obra no puede ser utilizada con fines comerciales, a menos que se obtenga el permiso.
